

TERAPIA

Hay mujeres que, sin saberlo, asisten a una o varias sesiones diarias de terapia, una terapia un poco particular, impartida por un especialista que tiene como misión hundir a su paciente.

En las primeras sesiones, el terapeuta analiza, observa y pregunta para conocer a su paciente, aprendiendo sus puntos fuertes, pero, sobre todo, centrándose en sus puntos débiles. Con dicha información, puede ir preparando sus siguientes sesiones, en las que con bonitas palabras logra meterse en su razón, tratando de convencerla de que su forma de vestir y comportarse es una provocación que debe ser eliminada. La paciente confía tanto en el especialista que olvida ser ella misma y deja que el terapeuta elija y tome decisiones por ella.

Todo parecía ir sobre ruedas, hasta que se introduce un nuevo método en las sesiones: la terapia de gritos. La paciente, queda impactada y un tanto asustada, mientras se pregunta por qué se ha esfumado la tranquilidad y serenidad que había en las sesiones. Intenta buscar una solución lógica, hasta que llega a la conclusión de que todos tenemos días o épocas malas, evadiendo los malos pensamientos que pasaban por su cabeza.

La terapia va evolucionando poco a poco, hasta llegar a otro método tan poco innovador que podríamos calificarlo como prehistórico: la violencia física. Dicho método es introducido lentamente, primero sin dejar marcas y, después, dejando visibles rasguños o hematomas de diferentes tamaños, colores y formas. Los espectadores de dichas marcas no esperan que hayan sido causadas por el espléndido terapeuta, así que, unos, simplemente se preguntan ¿qué le pasó?, ¿cómo ocurrió? y ¿dónde estaba?, mientras otros especulan que quizás, ella misma fue quien lo provocó. Sin embargo, ella sabía lo que hacía, dónde iba y dónde estaba, lo que no esperaba era adentrarse, tras las promesas del terapeuta como cebo, en las profundidades de un pozo tan hondo que por mucho que alzara la vista, ya no veía la salida.

En ese momento, choca con la realidad y solo ve dos caminos a tomar, ir hacia arriba, arriesgándose a volver a caer en cualquier momento y con el peso de la gravedad en contra, o seguir los pasos del terapeuta y adentrarse pozo abajo. ¿Qué decisión elegir?

Para convencerla de que la mejor opción es seguir hacia abajo, el terapeuta vuelve a ser él, el del principio, y promete que, si continúan hacia abajo juntos, la terapia terminará. La paciente, cree todas sus falsas promesas y se queda junto a él mientras miente a **todo** el mundo para ocultar la existencia de las particulares sesiones, haciéndolo sentir que tenía el total control de su vida.

Parece su fin, el final de la historia que nunca había querido imaginar. Sin embargo, la paciente no se había dado cuenta de que tras cada mentira y tras cada "estoy bien" sus familiares, amigos y conocidos estaban desplegando poco a poco una operación de rescate al principio del pozo, en el mundo real, uniendo kilométricas cuerdas **as** para llegar sigilosamente y sin levantar sospechas hasta ella.

Y llegó el día, la cuerda la alcanzó y con ella, un rayito de luz que indicaba la salida, miró a su terapeuta por última vez mientras él le suplicaba que no lo abandonara, a lo que ella contestó: "no te dolió verme asustada, por eso no me duele verte solo". Se agarró con todas sus fuerzas a la cuerda, hasta salir de aquel agujero negro con el esfuerzo de muchos conocidos, pero también con el apoyo de personas que no conocía, porque si algo nos queda claro, es que no estamos solas.